

sentida su muerte. Pero lo que realizaba en él, era la verdadera modestia, la humildad en el saber.”

“Avaro de palabras—dice el Sr. Servin—era de una prodigalidad sin tasa cuando se trataba de promover ó de llevar á cabo alguna mejora en provecho de la ciencia ó de la humanidad. Las publicaciones médicas de nuestro país y varias de las del extranjero, contienen muchas observaciones y trabajos notables suyos sobre diversos ramos de la profesion. Ciertas ideas prácticas sobre derrames torácicos, le son propias. En los hospitales se conocen instrumentos quirúrgicos inventados por él, muy ingeniosos y de verdadera utilidad en el arte. Hizo tambien modificaciones ventajosas en algunos procedimientos operatorios que debieran llevar su nombre.”

Podríamos todavía citar otras opiniones respetables en favor del modesto profesor queretano; pero juzgamos innecesario hacerlo.

El Dr. Barceló y Villagran falleció en México el dia 5 de Setiembre de 1872, pocos meses ántes de cumplir cincuenta y tres años. Ante su cadáver leyó el ilustre poeta Manuel Acuña una oda magnífica, de la que tomaremos algunas estrofas para rematar dignamente y hacer ménos árida la lectura de esta biografía:

.....aunque el abismo
Le robe al mundo con tu cuerpo un hombre,
Tú para el mundo seguirás el mismo
Mientras viva el perfume de tu nombre.
Por eso el sentimiento
Que en torno á este ataúd nos ha reunido,
No es el dolor hipócrita que al viento
Lanza la inútil queja de un gemido;
No es el pesar que apaga su lamento
En el silencio ingrato del olvido,
Sino el placer que brota y se levanta
Sobre la eterna marca de tus huellas,
Y que del himno que escribiste en ellas
Hace el himno inmortal con que te canta.
Venimos á ceñir sobre tu frente
La corona de luz que tú querías;

A recoger para la fé naciente
La llama que en tu espíritu escondías.....
Y al mundo triste y de dolor cubierto
Que aguarda que la tumba te devore,
Venimos á decirle que no llore,
Venimos á decirle que no has muerto.....
Que hoy es cuando tú naces
A la luz de la gloria y de la vida,
Y hoy cuando te despiertas y cuando haces
Tu entrada por la tierra prometida.
Que en vez de ser testigos
Del crepúsculo débil que se apaga,
Los que hoy venimos á entregar un hombre
Al antro de las sombras eternas,
Venimos á encender en su desierto
El sol que se alza de ese libro abierto
Donde quedan tus hechos inmortales.

Hé allí la mejor corona del Dr. Barceló y Villagran. Uno de los últimos cantos de Acuña (que murió tres meses despues) pasará á la posteridad, como no pasará tal vez nuestro humildísimo trabajo, y perpetuará el nombre del profesor que mereció tan inspirada elegía.

BARTOLACHE, José Ignacio.

El Sr. Dr. D. José Ignacio Bartolache nació en la ciudad de Guanajuato el dia 30 de Marzo de 1739, de padres tan pobres, que á costa de grandes sacrificios lograron dar á su hijo la instrucción primaria. El genio de Bartolache habria permanecido oculto y estéril si una persona generosa, descubriendo las grandes facultades de aquel jóven, no le hubiese conducido á México para que aquí hiciese su educación. En efecto, Bartolache entró al Colegio de San Ildefonso á estudiar la filosofía peripatética que era la que se cursaba en las aulas de aquel plantel. Circunstancias adversas para Bartolache le obligaron despues

de terminado el estudio de la filosofía, á trasladarse al Seminario Conciliar, en donde le aguardaban nuevas desgracias. Debió una beca, al servicio que prestó al seminario arreglando su biblioteca que se hallaba en el mayor abandono y en el más completo desórden. Iba á dedicarse al estudio de la teología. El escolasticismo más refinado reinaba entónces en las aulas, y los teólogos todos entretenidos con las fútiles sutilezas del peripateticismo olvidaban ó no comprendían el verdadero espíritu de una ciencia en la que es tan fácil incurrir en groseros errores y en absurdas contradicciones y sofismas, sin una gran dosis de prudencia y discernimiento. Bartolache, cuyo ingenio claro y amigo de la verdad no podía avenirse con los juegos y sofisterías de la escuela, hubo á las manos la obra de Melchor Cano, y se propuso defenderla y combatir las ideas que hacia tanto tiempo habian invadido la enseñanza de la filosofía. Firme en su propósito, no vaciló en sostener las doctrinas de Melchor Cano en un acto literario, para manifestar públicamente sus ideas de reforma y luchar con la preocupacion de muchos siglos. La lucha era en extremo desigual. El partido de los peripatéticos era inmenso, y temiendo por su reputacion y sus doctrinas, logró por medios que necesitariamos calificar duramente, la expulsion de Bartolache, del seminario, y al arrojarlo de él dejáronle sin pan ni abrigo. Al encontrarse en tal situacion, decidiose á pasar al pueblo de Mazatepec, á encargarse de la direccion de una escuela de niños; pero afortunadamente el sabio Velazquez de Leon y una familia generosa, la familia Osorio, le procuraron, el primero, libros para que se dedicase al estudio de la medicina, y la segunda, los recursos necesarios para subsistir. Entregado Bartolache á esta ciencia, se separó de la rutina y muy pronto estuvo al tanto de los nuevos conocimientos. Al mismo tiempo, se dedicó al estudio de las ciencias naturales y, sobre todo al de las exactas, en las que se distinguió en breve, hasta el punto de que, nombrado Velazquez de Leon, catedrático que era de matemáticas, para desempeñar una comision científica en California, no vaciló en nombrar susituto suyo á Bartolache.

Examinado, al fin, de médico, se consagró á la práctica de su

profesion. Empero, ésta no fué compatible con su grande aficion á las matemáticas, pues como dijo Alzate hablando de este mismo punto, "no podia reducirse á la práctica de la medicina, ciencia conjetural como confiesan los verdaderos facultativos, quien estaba hecho á resolver un problema de geometría, sin que le quedase al entendimiento la menor duda."

Contrariado Bartolache por la práctica de una facultad que no le acarrea sino sinsabores, por ser tan opuesta á sus inclinaciones, y siendo ya doctor en ella, la abandonó completamente y prefirió ir á desempeñar el modesto empleo de oficial en la contaduría de la casa de moneda, despues de haber perdido la esperanza de mejorar de suerte, por el mal éxito que tuvo la *Academia de ciencias naturales* establecida en México, siendo virey el marqués de Croix, y de la cual obtuvo Bartolache el nombramiento de catedrático de Química, con cuatro mil pesos anuales de sueldo.

No tardó, sin embargo, en distinguirse y ascender en su nuevo empleo de la contaduría, porque reservado está al talento elevarse y engrandecerse á pesar de cuantos obstáculos se le ponen, y de simple oficial pasó á desempeñar el importante cargo de ensayador y apartador general, por haberse reunido en aquella época la oficina del Apartado á la de la casa de moneda.

En este último empleo, que desempeñó con todo el acierto que era de esperar, tanto por sus propios conocimientos como por la buena eleccion que hizo de subteniente en la persona del sábio químico D. Mariano Cuenca, permaneció Bartolache más de once años, en cuyo tiempo, libre ya de las necesidades y sinsabores que le afligieron, pudo entregarse sin zozobra á los trabajos científicos para los que tenia tal vocacion.

"El Dr. Bartolache—dice uno de sus biógrafos—es tanto más acreedor á la admiracion general, cuanto que sin maestros y casi sin medios de ningun género, logró adquirir celebridad en ciencias en que tan pocos se distinguieron en esa época. De ingenio claro y perspicaz, amigo ante todo, de la verdad y de la exactitud, era imposible que se aviniera con los embrollos del escolasticismo que habia invadido á todas las ciencias, que do-

minaba en todas las escuelas, y era el cáncer de las sociedades literarias de la época. De aquí es que su espíritu de reforma le descubrió desde un principio, cuando trató de introducirlo en la teología, que fué la primera ciencia á que se dedicó. Este mismo estudio le acompañó en el de la medicina, y por eso trató siempre de estar al tanto de los conocimientos más nuevos y de los descubrimientos más importantes, que se apresuraba á sacar á luz para ser útil en algo á la sociedad en que vivía. El fué el primero que introdujo en México el uso del hierro para curar, lo que le valió una contradicción vigorosa de que al fin triunfó: lo usaba en polvo ó limaduras, en pastillas; y en la farmacopea de México son conocidas las pastillas de Bartolache."

"En tanto—continúa el biógrafo—el espíritu de los rutineros malograba sus intentos y le perseguía hasta el grado de hacerle mirar con tedio unas ciencias en que tan difícil era aspirar á la verdad y á la exactitud. Su espíritu, cansado de disputas y de sofismas, necesitaba de una ciencia en que la evidencia de la demostración no dejase lugar á aquellos; necesitaba, en fin, de las matemáticas, las cuales llenaron sus deseos. Entregado á su estudio, lo profundizó de tal manera, que la fama que adquirió en ellas le conquistó la amistad de los sabios de México, especialmente la de Alzate, é hizo que el gobierno pensara en él para asociarlo con éste en la observación del paso de Vénus por el disco del sol, observación cuya exactitud le mereció los justos elogios del sabio Lande, y el honor de que la Academia de Ciencias de París la mandase reimprimir."

Creyóse en tiempo de Bartolache que entre él y Alzate existía cierta odiosa rivalidad. El último se encargó de desvanecer tan absurda creencia, diciendo así, con gran sinceridad en uno de sus escritos. "Siempre estimé al Dr. Bartolache. Sus pretensiones no me eran gravosas, porque á quien nada pertenece ¿de qué puede servirle la evidencia? Si en nuestro modo de pensar respecto á las ciencias naturales había alguna diferencia, en esto no hay recato. La disputa entre individuos, acerca de ellas, siempre es en beneficio de los hombres. ¿De dónde, pues, se ha dicho que éramos mútuos enemigos?"

Bartolache escribió las obras siguientes: "Lecciones de matemáticas," impresas en México en 1769; "Instrucción para la cura de las viruelas," obra sumamente interesante en su tiempo, por los saludables efectos que produjo en la epidemia de 1778; "Observaciones astronómicas del paso de Vénus por el disco del sol," en compañía de Alzate, y el "Opúsculo Guadalupeño" relativo á la célebre imagen que se venera hasta hoy; Bartolache, segun un escritor que hubo de leer dicho opúsculo, no sujetó en él su espíritu independiente, le que le valió acres censuras.

A los cincuenta y un años de edad, es decir, el 9 de Junio de 1790, murió el sabio doctor cuya biografía acabamos de trazar.

BAUTISTA, Juan.

Ya en otra ocasión hemos expuesto la importancia de los servicios prestados á la ciencia por los religiosos que, animados por el noble deseo de propagar la civilización del antiguo mundo en el nuevo, se dedicaron al estudio de las lenguas indígenas, sin suponer que aquella tarea, meramente evangélica, llegaría más tarde á ser poderosísima é indispensable auxiliar de la filología que representa hoy en las investigaciones históricas un papel tan principal. Fr. Juan Bautista, de quien vamos á hablar, es uno de esos beneméritos de la ciencia, y acreedor por lo mismo á que su nombre figure con honra en este libro.

Por desgracia no cuidaron los cronistas de la orden Franciscana de consignar los nombres de los padres de este escritor, y el suyo es el que tomó al abrazar la carrera monástica, segun era costumbre ó ley. Sábese que nació en la ciudad de México en 1555, es decir, treinta y cuatro despues de la ocupación definitiva de la capital del imperio mexicano ó azteca.

Habiendo profesado el orden de San Francisco, enseñó filosofía y teología en el convento llamado grande, y cúpole la glo-

ria de contar entre sus discípulos á Fr. Juan de Torquemada, el célebre historiador á quien Alaman llamó *El Tito Livio de la Nueva España*, y á quien se debe la *Monarquía Indiana*, que es una de las fuentes principales de nuestra historia patria.

Fr. Juan Bautista gobernó como guardian los conventos de Texcoco y Tlaltelolco, principales entre los de su orden, y fué tambien definidor de su provincia, cargos que, á falta de mayores noticias, hacen comprender el grande aprecio que de él se hacia.

Fué él quien abrió los cimientos del hermoso templo franciscano de Santiago Tlaltelolco, y quien fomentó con increíble empeño los estudios del Colegio imperial de Santa Cruz, erigido en el mismo Tlaltelolco para la educacion de los indios nobles.

Hijo de españoles, Fr. Juan Bautista no poseía la lengua mexicana, porque con excepcion de los mayas que impusieron su idioma á los conquistadores, los indígenas adoptaron el español, y para utilizar sus servicios no era indispensable conocer previamente sus respectivos idiomas. Pero como Fr. Juan Bautista no trataba únicamente de hacerse comprender en sus relaciones con los indios, sino de ilustrarlos en la filosofía y en la teología, se dedicó á aprender el mexicano con celo tal, que llegó á ser maestro consumado en el idioma.

“Así lo manifiestan sus escritos, dice uno de sus biógrafos, que trabajó despues de haber examinado prolijamente todos los que en dicho idioma habian compuesto los Sahagunés, Basacio, Olmos, Molinas y otros, y despues de tomar lecciones vivas de los Gómez, Zárates y Mendieta, y de juntar en el Colegio imperial de Santa Cruz á los indios peritos Rivas, Berardo, Gante, Adriano, Contreras, Bravo, Valeriano y Fuente, quienes, como él dice en el prólogo de sus *Sermones Mexicanos*, le sirvieron de amanuenses, de intérpretes y de traductores.”

No se sabe á punto fijo el año de su muerte; pero sí consta que falleció ántes del año de 1615, pues en éste se imprimió en Sevilla el tomo tercero de la *Monarquía Indiana* de su discípulo Torquemada, quien le consagra un gran elogio en el capítulo diez y nueve, como ya difunto.

Tales son las brevísimas noticias biográficas que de él tenemos; suple, sin embargo, á las demas que pudiera álguien apetecer, la siguiente relacion de sus escritos, que encierra su mayor elogio.

Esta lista está copiada fielmente de la *Biblioteca* de Beristain:

“Advertencias á los Ministros de los Indios, primera parte en latin, segunda en castellano,” impreso en Tlaltelulco por Dávalos, 1599, y en México por Ocharte, 1600. “Sermones para todo el año,” en lengua mexicana, tres tomos; pero solo se imprimió el primero en México, año 1609. 4. Esta obra, segun el testimonio del padre jesuita Tobar, gran maestro del idioma mexicano, no tiene semejante ni en cuanto á la pureza del estilo, ni en cuanto á la sustancia de la doctrina. “De la miseria y brevedad de la vida, y de los Novísimos ó Postrimerías del hombre,” en lengua mexicana, impreso en México, 1604. 8. “Confesionario en mexicano y castellano, con la preparacion para recibir la Eucaristía, y de los admirables efectos de ésta, impreso en México, 1604. 8. “El Kempis, ó los libros del Contemptus Mundi,” puestos en lengua mexicana, impreso en México, segun Torquemada. Los cuatro primeros capítulos son los mismos que tradujo Fr. Luis Rodriguez, pero limados y corregidos. “Catecismo en mexicano y castellano,” impreso. “Geoglíficos de la conversion del pecador, con láminas y figuras con que se enseña á los indios á huir del pecado y á aspirar al cielo.” Se imprimió en Tlaltelulco por Dávalos. “Historia de los tres Niños Indios mártires de Tlaxcala, traducida al mexicano de la que escribió en castellano el padre Fr. Toribio Motolinia,” impreso en Tlaltelulco por Dávalos. “Oraciones cristianas para todos los dias,” impresas en Tlaltelulco por Dávalos. “Oraciones en mexicano para el culto á la Santísima Trinidad.” “Vida y Milagros de San Antonio de Pádua, en mexicano.” “Indulgencias que gozan los Terceros de San Francisco, en lengua mexicana.” “Del ódio al pecado.” “Teoyotezcal ó Teoyoticatezcatl, Espejo Espiritual.” “Hueguetlahtolli, ó instrucciones de los padres á sus hijos” (1001). “Indulgentiæ ac peccatorum remissionis a Summis Pontificibus concessæ Regularibus, ac iis qui eorum gaudent pri-

vilegiis." (1602) "Dramas espirituales, ó Representaciones de los pasos de la Pasion de Jesucristo, para los indios," M. S. que vió el padre Torquemada, y asegura ser de mucha erudicion y elegancia. "Diccionario Eclesiástico en lengua mexicana," M. S. "Flos Sanctorum, ó Vidas de Santos, en mexicano," M. S. "La obra del padre Estella: *De la Vanidad del Mundo* puesta en lengua mexicana," M. S.

Laboriosa fué la vida del escritor de que acabamos de hablar, como se vé por la precedente lista.

BELTRAN, Pedro.

Acabamos de expresar cuánta es la importancia de la lingüística, y cuánto por lo mismo el aprecio con que deben mirarse los trabajos antiguos que han servido á la ciencia moderna para llevar á cabo sus investigaciones filológicas. Dicho queda con esto, que no necesitamos hacer esfuerzo alguno para demostrar la justicia con que colocamos hoy en esta galería el nombre de Fr. Pedro Beltran de Santa Rosa, escritor en lengua maya.

Nació en Yucatan. Allí mismo hizo sus estudios, tomó el hábito de San Francisco, y floreció en el siglo XVIII.

Las breves noticias que de este escritor vamos á dar, las debemos al erudito historiador y arqueólogo D. Crescencio Carrillo.

Su no vulgar talento y exquisita erudicion, junto con la exactitud de su vida ejemplar, le grangearon en la religion y entre todos sus conciudadanos el aprecio general. Tuvo los honoríficos empleos de custodio de la provincia, revisor del Santo Oficio, catedrático de filosofía, de teología y de la lengua maya. En el curso que de esta lengua dió el año de 1742 en el convento mayor, formó y dictó su obra intitulada: "Arte del idioma maya, reducido á sucintas reglas y Semilexicon yucateco" que

se imprimió en la ciudad de México el año de 1746, en cuarto, con preliminares ocho fojas, páginas de texto de 1 á 188. Se ha hecho en Yucatan una segunda edicion de esta obra el año de 1859. El editor, que lo fué el Sr. José Dolores Espinosa, dice: "Esta obra es la mejor que se conoce de doctrina con que los párrocos instruyen á los indios hasta el presente; siendó por esto el padre Beltran como el Ripalda de los indios, y con tanta más razon, cuanto que aquel viene á ser como una traduccion de éste. La primera edicion que de este Catecismo se hizo en Yucatan despues de la de México, fué la que salió en Mérida de la imprenta del Gobierno el año de 1816 por D. Isaac Rodríguez: la última que se ha hecho fué en la imprenta de D. José Dolores Espinosa el año de 1860.

"En esta impresion—añade—se han atendido las correcciones hechas por el mismo autor al márgen del ejemplar que por casualidad llegó á mis manos, de los muy pocos que existen."

El mismo padre Beltran escribió unos devocionarios y estudios en lengua maya.

En una de las aprobaciones preliminares se lee lo siguiente:

"He leído la Novena del Santo Christo, sus siete Caídas, explanacion de la Eucharistía, Loa y demás metros y las otras oraciones, hasta la última *inclusive*, que es la del Archangel San Miguel, compuesta en el idioma maya por el R. P. Fr. Pedro Beltran de la Rosa; y asimismo las Advertencias castellanas bien fundadas que expresa, para que se muden algunas palabras de dicho idioma, que hay desde el Padre Nuestro hasta el Confiteor Deo, y otras oraciones que se siguen, etc."

Segun aparece por una nota final, fué impreso el libro en México, en la imprenta de D. Francisco Javier Sanchez, en la calle de San Francisco, pasada la casa Profesa, año de 1740. No está numerada su paginacion. Tiene nueve fojas preliminares y diez y ocho de texto.

Fr. Pedro Beltran escribió tambien otra obra intitulada: "Declaracion de la Doctrina Cristiana en el idioma yucateco," que como su "Arte y Semilexicon yucateco," fué impresa en México. Despues se han hecho en Yucatan repetidas ediciones de esta

“Declaracion,” por ser el texto vulgar en su clase, porque el autor, ademas de haber tenido los conocimientos necesarios para arreglar, fué hijo de Yucatan, se crió entre los indios, y despues de haberse ordenado, vivió muchos años en las montañas administrándoles los Santos Sacramentos é instruyéndoles en la religion católica, lo que le hizo adquirir más inteligencia y facilidad en los idiomas.”

BERISTAIN, Mariano.

Segun su propio testimonio, D. Mariano Beristain y Sousa nació en la ciudad de Puebla el 23 de Marzo de 1756. En los colegios de la misma ciudad hizo sus estudios, y siendo ya bachiller pasó á España con el obispo Fuero que habia sido promovido al arzobispado de Valencia, en cuya ciudad recibió el grado de doctor teólogo, fué regente de filosofía é hizo oposicion á varias cátedras.

En la Universidad de Valladolid fué catedrático en propiedad y perpétuo de teología, por nombramiento de Carlos III, á propuesta del Supremo Consejo de Castilla. Despues de varias oposiciones á las canongías de oficio de las catedrales de España, entre ellas la magistral de Toledo, ya canónigo lectoral de la de Victoria, regresó á la América con el empleo de secretario del reverendo obispo de Puebla D. Salvador Bienpica, y con objeto de hacer oposicion escolástica á la canongía lectoral vacante en dicha iglesia, como lo ejecutó. Pero no habiendo merecido á aquel cabildo que le consultase para ella, al dia siguiente al de la votacion salió para Veracruz, donde se embarcó para España. Padeció un naufragio á la altura del banco de Bahama, y despues de haber escapado la vida con gran trabajo, llegó al puerto de la Coruña despues de once meses y de haber sufrido muchas penalidades. En atencion á su mérito se le premió con la cruz

de la real y distinguida órden española de Carlos III, y con una canongía de la Metropolitana de México.

En 1811 ascendió á la dignidad de arcedian, y dos años despues á la de dean de la misma Metropolitana. Desde 1780, la real sociedad Vascongada le expidió el título de socio benemérito, y en 1798 le concedió el de literato. Obtuvo otros muchos empleos y distinciones en pago de servicios importantes llevados á cabo tanto en su país natal como en España. La academia de los Apatistas de Verona le nombró en 1780 su individuo “recíproco.” La real academia geográfico-histórica de los caballeros de Valladolid, le dió en 1782 el título de académico actual, la de las tres nobles artes de la misma ciudad el de honorario y conciliario, y la de San Carlos de Valencia el de académico de honor. En Valladolid fué uno de los fundadores de la Sociedad Económica de aquella provincia y su censor; y en la misma capital fundó por sí solo la academia de jóvenes cirujanos, declarándose el título de protector de ella hasta que el rey la elevó á la clase de real; y en México fué secretario del Gobierno sede vacante el año de 1800, y presidente de dicho gobierno arzobispal en la vacante del año de 1809; superintendente de San Andrés, rector del colegio de San Pedro, prepósito de la real congregacion de Oblatos, juez visitador del real colegio de San Ildefonso, abad de la venerable congregacion de San Pedro, presidente de la junta provincial de censura de libros, comisionado por el superior Gobierno para negocios muy graves, y visitador extraordinario del Arzobispado.

Cuando estalló la gloriosa revolucion de 1810 que nos habia de dar una existencia política y libertad individual, Beristain se mostró uno de sus más constantes adversarios, en premio de lo cual recibió del Gobierno español la cruz de Isabel la Católica; y tambien en esa época de prueba demostró que no tenia ideas fijas, sino que se inclinaba á la dominacion española, pagado del aprecio y favor que gozó del Gobierno español, y tal vez sofocando los impulsos de su corazon. En prueba de este aserto, diremos que en un sermon que predicó en la Catedral con motivo de la jura de la Constitucion de 1812, llamó á aquel Código “libro sagra-

do;" de manera que en esto mostraba ser adicto á la libertad española, pero contrario á la mexicana; mas cuando se impuso de que el rey la habia abolido en 1814, predicó otro sermon apoyando esta providencia, lo que dió motivo á una décima burlesca que publicaron en sus respectivas historias de México D. Cárlos María Bustamante y D. Lúcas Alaman.

Falleció de resultas de una apoplejía, el 23 de Marzo de 1817.

La obra que ha perpetuado la memoria de Baristain, es la que se intitula "Biblioteca hispano-americana setentrional, ó catálogo y noticia de los literatos que nacidos ó educados ó florecientes en la América Setentrional española, han dado á luz algun escrito ó lo han dejado preparado para la prensa." Esta obra adolece de muchos defectos, siendo el principal de ellos la arbitrariedad con que el autor cambiaba el título de las publicaciones y manuscritos por él registrados. Una de nuestras eminencias literarias contemporáneas, el Sr. D. Joaquin García Icazbalceta, eruditísimo escritor académico, ha hecho notar en uno de sus concienzudos estudios, el defecto que señalamos, y aún ha cuidado de corregir gran número de los títulos de las obras mencionadas por Beristain en su "Biblioteca."

Propónese el Sr. García Icazbalceta, segun tenemos entendido, hacer una edicion de esta obra con las correcciones de que hablamos, y con ella prestará á las letras mexicanas un servicio mayor, si cabe, que los ya numerosos que á su saber y clara inteligencia se deben.

Beristain, á pesar de esas libertades que censuramos, es acreedor á la estimacion de cuantos en México se consagran al cultivo de la literatura; su obra es una fuente preciosísima de datos que se han utilizado y continuarán utilizándose, principalmente por los que se dedican á los estudios biográficos y bibliográficos; y no es aventurado decir, que sin esa "Biblioteca," habrian quedado en eterno olvido centenares de escritores mexicanos á quienes hoy honramos.

Beristain como orador sagrado no merece grandes elogios.

Su odio á los autores y sostenedores de la independencia de México, fué superior, y con mucho, al de D. Lúcas Alaman. Di-

cho queda con esto cuán vehemente, cuán injusto se ostentó cada vez que se presentó una oportunidad para atacarlos. En cambio llegó hasta la adulacion, hasta la bajeza, siempre que se trató de elogiar á los monarcas españoles y á sus delegados en México.

Nosotros que no escribimos obedeciendo á ideas de partido, confesamos el mérito de Beristain como bibliógrafo, sin devolverle las terribles imprecaciones que lanzó contra los patriotas.

BERISTAIN, Joaquin.

La influencia de la música llegó en Grecia, como en los demas pueblos orientales, al extremo de que se le calificase de ciencia de las ciencias y esencia de las artes, y su importancia fué tal, que invadió la religion y la política. La lira en Grecia y la flauta en Roma, daban el *tono* á los oradores y á los artistas escénicos, y esto á pesar de su imperfeccion, pues se necesitó del trascurso de muchos siglos para que el arte musical, segun decimos los modernos, llegase á alcanzar el grado de perfeccion en que nos ha tocado conocerle. México no ha sido, entre los pueblos del Nuevo Mundo, pueden decirlo sus hijos sin jactancia ni vanagloria, el que ménos pruebas ha dado de su cultura en punto al sublime arte, muy particularmente desde que tiene vida propia como nacion libre y soberana, y si la lista de los compositores mexicanos no es tan copiosa como parece que debiera serlo para justificar el dictado de *Italia de la América* que álguien le diera y que muchos han repetido, culpa es el desden con que se han visto los estudios biográficos en que otros pueblos han atesorado los elementos de que se han valido los historiadores del arte. Vida sembrada de dolores, de escasez, de miseria, y olvido cruel é injustificable, despues de sus dias, hé aquí compendiada la historia de nuestros modestos, mas no por eso menos apreciables artistas. Registrad los diccionarios bio-